

La mortificación, virtud asociada al discipulado y a la misión

Iniciamos nuestra jornada de retiro invocando la presencia del Espíritu Santo para que sea Él quien nos comunique lo que el Señor, en su infinita misericordia, desea que conozcamos desde la experiencia de una vida mortificada en la configuración con Cristo nuestro Señor.

Nuestra venerable Madre Teresa Toda contempló en el corazón de Cristo cinco virtudes: la humildad, la sencillez, la mansedumbre, la mortificación y el celo por la gloria de Dios y salvación de las almas; todas ellas, tienen como experiencia

fundamental la encarnación del Hijo de Dios, su kénosis o anonadamiento, una de las vertientes de nuestro carisma.

Adentrarnos en la virtud de la mortificación como Hermanas Carmelitas Teresas de San José nos supone, tomar conciencia de que estamos llamadas a compartir la misma suerte de Cristo, por lo tanto, nuestra vida espiritual crece en la medida en que nuestro corazón, en su manera de sentir y desear, se va haciendo más conforme con los sentimientos y afectos del corazón de Jesús.

El sentir y desear de manera semejante al Señor, es un deseo sobrenatural, es decir, que va en contra de las tendencias naturales del amor propio, que sacrifica algunas cosas de la naturaleza que está ordenada, que son buenas, por un bien mayor.

Santo Tomás al describir el orden de la caridad dice que el amor tiene siempre un objeto, lo primero que debemos amar es a Dios y lo relacionado con Él; a esto lo llama Bien espiritual propio. En segundo lugar, que el prójimo ame a Dios, en tercer lugar, el cuidado del propio cuerpo y mis necesidades materiales y en cuarto lugar el cuidado de las necesidades materiales del prójimo. En este orden de ideas, cuando Jesús va a la cruz, lo que hace es sacrificar por nuestro bien espiritual su cuerpo, siendo ésta la imagen del amor perfecto.



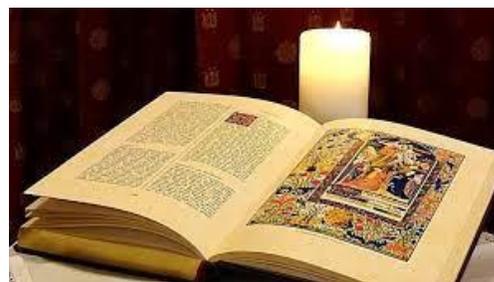
¿Qué entendemos por mortificación?

La mortificación es un medio que nos permite vivir gozosamente nuestra castidad, incrementar nuestro amor fraterno y la vida de familia en comunidad. (Cf. C 18). En nuestro proceso de configuración con Cristo y en el desarrollo de nuestra misión necesitamos “cargar con la cruz y seguirle (Lc. 9, 22). Esta experiencia nos exige sacrificio, abnegación, desprendimiento, espíritu de penitencia y de reparación.

La mortificación está asociada a la disponibilidad que tenemos de ser discípulas de Jesús, nuestro Maestro, asimilando en nuestra vida sus sentimientos y afectos, abriéndonos a su Palabra y siguiendo sus pasos para procurar en todo, obrar según la voluntad del Padre para ser transformadas, a semejanza de Cristo, y vivir el misterio de la Resurrección (Flp 3, 10 – 11).

La vivencia de la mortificación en la Escritura

La mortificación, vivida en dimensión de discipulado y misión, nos permite centrar nuestra vida en lo esencial, de tal modo que la podamos dedicar a hacer presente el reino de Dios en nuestras comunidades y lugares de misión donde somos enviadas, viviendo y dando testimonio de Jesús, como lo hicieron nuestras Venerables Madres Fundadoras: de **austeridad**: *"Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran langostas y miel silvestre."* (Mt. 3,4). **Sacrificio**: *"Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la*



entrada y qué angosto el camino que lleva a la Vida!; y pocos son los que lo encuentran." (Mt. 7,13-14). "Decía a todos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame." (Lc. 9, 23). "El que no lleve su cruz y venga en pos de mí, no puede ser discípulo mío." (Lc. 14,27). **Disciplina:** "¿No sabéis que en las carreras del estadio todos corren, mas uno solo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo, y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado." (1 Cor.9, 24-27). **Nos estimula a vivir desde el interior y en centralidad:** "Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno sea visto, no por los hombres, sino por tu Padre que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará." (Mt. 6, 16-18). "El que no toma su cruz y me sigue detrás, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará." (Mt. 10,38-39) **Nos lleva a tener vida en abundancia y ser servidoras de quien nos ha llamado:** "En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará." (Jn. 12, 24-26)

La experiencia de nuestras Fundadoras

Teresa Toda desde una experiencia de fe profunda comprende que el fracaso en su matrimonio es el modo como Dios está escribiendo una historia inédita de salvación, no sólo para ella, sino para aquellos a quienes será enviada.

Teresa carga con su cruz y en el discipulado de su vida se deja moldear hasta el perfecto holocausto.

La entereza con que afrontó su vida nos revela en Teresa Toda que, puesta su mirada en Jesús como trigo maduro, murió a sí misma para dar vida en abundancia.

Así, bien claras, deja sus últimas disposiciones. Año tras año continúa clavada con la enfermedad a su crucifijo. Antes de morir exhorta a las presentes a la observancia regular y a la práctica de las virtudes evangélicas¹. La historia del Instituto perfila mejor las postreras recomendaciones: «Exhortando a sus hijas a la obediencia, a la observancia religiosa y a la práctica de las virtudes, de las que había sido acabado modelo, especialmente de la humildad, mansedumbre, sencillez, desprendimiento de todo lo terreno, mortificación y abnegación heroicas y sobre todo, la que constituía su carácter: un celo ardiente por la gloria de Dios y una caridad tierna hacia el prójimo, especialmente hacia las huerfanitas a las que personalmente prodigaba cuidados maternales»².

Teresa Guasch «Consigno misma —dicen quienes la conocieron— fue muy recatada y mortificada»³. «Sumamente cautelosa y recatada, en los sentidos ejercitaba la mortificación. Esto me lo había inculcado varias veces. Su porte, compostura y hablar inspiraban la virtud angélica»⁴.



¹ Violeta escondida, n. 9.

² Relación Histórica de la Congregación, pág. 6.

³ Rosa Vendrell, CTSJ, P 20v.

⁴ Teresa Tremosa, CTSJ, P 27v.



La Madre Guasch, consciente de las limitaciones de las obras humanas y de las personas, acepta la realidad. Espera en Dios que, a su tiempo, remediará la penuria y pobreza de su Instituto. Y ella suple las deficiencias: «Cuando éramos novicias —recuerda la Hermana Teresa Quintillá— venía al Noviciado, nos hacía como una especie de pláticas, exhortaciones al ejercicio de las virtudes: de la caridad, de la humildad, la paciencia, la mortificación, la sencillez y, sobre todo, la puntualidad: que el toque de la campana era la voz de Dios que nos llamaba.

«Nadie vio en la madre y en la hija —se ha escrito— ninguna satisfacción de amor sensible y en cambio todas pudieron observar la rigidez con que la madre trataba a la hija y el respeto con que ésta se comportaba con aquélla... No cabe duda de que ambas obraron en la mortificación de sus sentimientos naturales por motivos sobrenaturales»⁵.

Nuestro Derecho

En nuestro Derecho, la mortificación está asociada a la configuración con Cristo, a mantener vivo nuestro espíritu misionero y a ordenar nuestros sentidos y afectos hacia un bien mayor.

Configuración con Cristo y adquisición del sentido de mortificación: Si a todos los cristianos es necesario para configurarse con Cristo⁶ "cargar con la cruz y seguirle"⁷, mucho más lo es para nosotras, Carmelitas Teresas de San José, que por los fines del Instituto nos consagramos a ejercer con el prójimo distintas obras de misericordia⁸. Adquiramos el espíritu de mortificación venciéndonos a nosotras mismas, aceptando y ofreciendo al Padre nuestros sufrimientos, las exigencias de la caridad, de nuestro apostolado y del cumplimiento de las Constituciones.

En las prácticas voluntarias de mortificación, hemos de preferir aquéllas que ayuden al vencimiento propio y al servicio de los demás.

Procuraremos obrar en todo según la voluntad del Padre para ser transformadas, a semejanza de Cristo, y vivir el misterio de su Resurrección⁹. **C 65**

Por la consagración religiosa, nos configuramos con Cristo en el misterio de su pasión, muerte y resurrección. Esta configuración es, ante todo, obra del Espíritu, pero con nuestro trabajo y padecimientos, completamos lo que falta a la pasión por Cristo por su cuerpo que es la Iglesia.

Esto nos exige morir al "hombre viejo" para que aparezca cada vez más el "hombre nuevo". Esta tensión entre cruz y resurrección, entre muerte y vida, es la dialéctica que tenemos que vivir continuamente. Por ello, la mortificación, para nosotras, es siempre amor hasta el fin. **D 112**

La vivencia de la mortificación para nosotras, tiene sentido en la medida en que está dirigida a desarrollar nuestra misión y a mantener vivo el espíritu misionero: *A fin de llevar con fortaleza de ánimo la vida mortificada y laboriosa que lleva consigo nuestra misión y para emprender grandes obras en servicio de la Iglesia, procuraremos mantener siempre dentro de nuestro corazón aquel celo ardiente de la gloria de Dios y salvación de las almas¹⁰ que en todos los tiempos ha inspirado a los santos la más invencible fortaleza y decisión, para hacer de sí mismos un perfecto holocausto¹¹ en obsequio de Dios¹².*

(C 66) Sintiéndonos enviadas por Cristo¹³ para la misión, mantendremos vivo nuestro espíritu misionero mediante la oración y el sacrificio. Transmitemos este espíritu en nuestro apostolado, como hijas de la Iglesia¹⁴, y lo fortaleceremos

⁵ Biografía, 33.

⁶ Cf. Flp 3, 10

⁷ Cf. Mt 10, 38; 2Cor 4, 10 - 11

⁸ Cf. C 1883 4,5

⁹ Cf. Flp 3, 10 - 11

¹⁰ Cf. Lc 12, 49; Jn 2, 17; 1Re 19, 14; S 69, 10-

¹¹ Cf. Rom 12, 1; Ef 5, 2

¹² Cf. C 1883 4, 6

¹³ Cf. Mc 6, 7; Lc 10, 1; 2 Cor 5, 14

¹⁴ Cf. LG 14

con su propia doctrina. Gastaremos nuestras fuerzas por el Evangelio a fin de que todos los hombres se salven por la fe en Él¹⁵. (C 79)

La mortificación ordena nuestros sentidos y nuestros afectos por un bien mayor: *Como medio privilegiado para vivir gozosamente nuestra castidad, incrementaremos el amor fraterno y la vida de familia en comunidad. Rechazaremos, como por instinto espiritual, todos los peligros, sin presumir de nuestras fuerzas. Nos ayudaremos para tal fin, de otros medios, como la modestia, la laboriosidad en sobriedad de vida, la mortificación de los sentidos y la guarda de los afectos, así como la prudencia en el uso de los medios de comunicación social*¹⁶. (C18)

Nuestros modelos

María la mujer abnegada



María se negó y se sacrificó en todo momento y lugar. Al hacerlo, dio rienda suelta a la acción de Dios en toda su vida. Al vivir la abnegación como María, orientamos nuestra vida hacia Dios y nos aleja de la autorreferencialidad. María siempre estuvo centrada en Dios y nunca en sí misma. ¡Que este sea nuestro estilo de vida!

San José, el hombre obediente y acogedor

En los numerales 3 y 4 de Patris Corde se puede contemplar la figura de nuestro Patrono San José desde la experiencia de la mortificación, una experiencia que se fundamenta en dos actitudes: la obediencia a Dios y la acogida a los hermanos.

Padre en la obediencia

José estaba muy angustiado por el embarazo incomprensible de María; no quería «denunciarla públicamente»¹⁷, pero decidió «romper su compromiso en secreto» (Mt 1,19). En el primer sueño, el ángel lo ayudó a resolver su grave dilema: «No temas aceptar a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1,20-21). Su respuesta fue inmediata: «Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado» (Mt 1,24). Con la obediencia superó su drama y salvó a María.



En el segundo sueño, el ángel ordenó a José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre, y huye a Egipto; quédate allí hasta que te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo» (Mt 2,13). José no dudó en obedecer, sin cuestionarse acerca de las dificultades que podía encontrar: «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto, donde estuvo hasta la muerte de Herodes» (Mt 2,14-15).

Todos estos acontecimientos muestran que José «ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo él coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente “ministro de la salvación”»¹⁸.

Padre en la acogida

José acogió a María sin poner condiciones previas. Confió en las palabras del ángel. La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. 1 Co 1,27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero¹⁹.

¹⁵ Cf. Rom 3, 28; Gal 2, 16; Ef 2, 8

¹⁶ Cf. CIC 666

¹⁷ En estos casos estaba prevista la lapidación (cf. Dt 22,20-21).

¹⁸ S. Juan Pablo II, Exhort. ap. Redemptoris custos (15 agosto 1989), 8: AAS 82 (1990), 14.

¹⁹ Cf. Dt 10,19; Ex 22,20-22; Lc 10,29-37.

Santa Teresa



Para Santa Teresa el verdadero amador de Dios ha de tener en poco la vida y la honra.

Veamos de qué manera expresa en Camino de perfección el modo como ella comprende el ejercicio de la mortificación como expresión de amor a Dios.

Vamos a otras cosas que también importan harto, aunque parecen menudas. Trabajo grande parece todo, y con razón, porque es guerra contra nosotros mismos; mas comenzándose a obrar, obra Dios tanto en el alma y hácela tantas mercedes, que todo le parece poco cuanto se puede hacer en esta vida. Y pues las monjas hacemos lo más, que es dar la libertad por amor de Dios poniéndola en otro poder, y pasan tantos trabajos, ayunos, silencio, encerramiento, servir el coro, que por mucho que nos queramos regalar es alguna vez, y por ventura sola yo en muchos monasterios que he visto, pues ¿por qué nos hemos de detener en mortificar lo interior, pues en esto está el ir todo estotro muy más meritorio y perfecto, y después obrarlo

con más suavidad y descanso? Esto se adquiere con ir -como he dicho- (1) poco a poco, no haciendo nuestra voluntad y apetito, aun en cosas menudas, hasta acabar de rendir el cuerpo al espíritu. (CP 12,1)

Pues ¿ya no sabéis, hermanas, que la vida del buen religioso y que quiere ser de los allegados amigos de Dios es un largo martirio? (CP 12, 2)

Por eso mostrémonos a contradecir en todo nuestra voluntad; que si traéis cuidado, como he dicho (4), sin saber cómo, poco a poco os hallaréis en la cumbre. Mas ¡qué gran rigor parece decir no nos hagamos placer en nada, como no se dice qué gustos y deleites trae consigo esta contradicción y lo que se gana con ella! Aun en esta vida, ¡qué seguridad! Aquí, como todas lo usáis, estáse lo más hecho; unas a otras se despiertan y ayudan; en esto ha cada una procurar (5) ir adelante de las otras. (CP 12,3)

Para nosotras CTSJ, hoy

Nosotras, Hermanas Carmelitas Teresas de San José podemos muchas veces sacrificar cosas que forman parte de nuestra vida, nuestra vida material, de las necesidades que tenemos en nuestra vida o de los deseos que no están desordenados, por ejemplo la salud, la fama, el propio prestigio, situaciones de comodidad, bienes materiales que, por amor, por la madurez del propio amor, libremente, sin entrar en crisis, ni nada parecido, en un acto completamente libre, de amor y de entrega estamos dispuestas a supeditar por un bien mayor, la misión, la vida comunitaria, el amor al prójimo entre muchas otras realidades. De esta manera lo vivió Nuestra Venerable Madre Teresa Toda y, con su ejemplo, nos pide que imitemos a Jesús en este amor, el que nos lleva a librar la batalla contra el amor propio, como don de la vida en perfecto holocausto.

En estos tiempos en que, en general, rehusamos abrazar la cruz como fuente de esperanza, por la vivencia del carisma necesitamos comprender existencialmente que, cuando nuestras Fundadoras vivieron el amor, hasta el perfecto holocausto, tenía que ver con el amor maduro en la fe, que en libertad nos lleva a realizar actos de amor asociados al dolor de Cristo doloroso y en ellos nos identificamos con sus mismos sentimientos, abrazando asimismo el amor perfecto.

Desde la vivencia de la mortificación, estamos unidas a la pasión de Cristo, no en las torturas físicas que recibió sino, en la actitud de amor y entrega, cumpliendo la voluntad del Padre. De esta forma, se convierte en una gracia de Dios la posibilidad de compartir el sufrimiento de su Hijo para hacer ofrenda de la propia vida, como Él lo hizo hasta el extremo.

Después del XXVII Capítulo General estamos urgidas a vivir la comunión con pasión misionera, detrás de esta llamada existe un grito que nos insta a redescubrir que la pasión lleva en sí misma dos realidades: padecer con y apasionarse por. Desde el tema que nos atañe, ser virtuosas en la mortificación es asociarnos a los padecimientos de Cristo en su Pasión y muerte para calar, con mucho cuidado y poco a poco en nuestro corazón, sus sentimientos y afectos más profundos, los que brotaban de saber que con su Pasión está dando cumplimiento a la voluntad del Padre, tal y como lo revela la Pasión del Evangelio de San Juan. Jesús llega hasta este punto porque estaba apasionado por el Padre y su misión. El Padre nos lo entrega por amor y Él mismo es quien alimenta, como origen de lo divino y de la creación, la entrega de amor de su Hijo, al poner su amor infinito en el corazón del Hijo para consumir el sacrificio.

La humanidad de Jesús y sus gestos camino del Calvario reflejan ese amor a través de otra de las cinco virtudes contempladas por Teresa Toda en el corazón de su Cristo, la mansedumbre como línea transversal de toda la Pasión.

Desde la experiencia de mortificación asociada a la Pasión de Jesucristo, podemos vivir con una luz nueva lo que ya forma parte de nuestra propia vida, una enfermedad, una situación concreta de convivencia, un problema familiar... podemos aceptar el sufrimiento no como quisiéramos que fueran las cosas, sino como son ellas en realidad. Esta es una oportunidad de reconciliarnos con los sufrimientos concretos de nuestra vida y el Señor nos ayuda de esta forma a sanar esas heridas que llevamos en el corazón como consecuencia de no haber sufrido bien.

Momentos orantes



Oración personal

Escuchar: Dichoso el corazón enamorado de Fabiola Torrero:
<https://www.youtube.com/watch?v=wuE8HDYzHss>

1. Define con tus propias palabras lo que más te está ayudando a vivir en tu camino espiritual la virtud de la mortificación, como un modo de asimilar los sentimientos y afectos de Jesús anonadado y confiado en las manos del Padre.
2. ¿Cuáles son esos aspectos de la misión que en tu vida te han llevado a asociarte a la pasión de Jesucristo?
3. Identifica un símbolo que refleje la vivencia de la mortificación en tu vida espiritual y quieras compartirlo con las hermanas en el encuentro comunitario.

Oración comunitaria

La comunidad que lo desee queda invitada a realizar un momento de adoración al Santísimo, presentando la vida de cada Hermana desde la experiencia de dejarse transformar por Jesús, asimilando sus sentimientos y afectos desde la pasión por hacer realidad la voluntad del Padre.

Canción: Mirándole, amándole. Fabiola Torrero. https://www.youtube.com/watch?v=ibG_nwjdMqg

Oración:

Salve, custodio del Redentor
y esposo de la Virgen María.
A ti Dios confió a su Hijo,
en ti María depositó su confianza,
contigo Cristo se forjó como hombre.
Oh, bienaventurado José,
muéstrate padre también a nosotros
y guíanos en el camino de la vida.
Concédenos gracia, misericordia y valentía,
y defiéndonos de todo mal. Amén.



(Papa Francisco, Patris Corde)